

LA RESURRECCION

Lectura: 1 Corintios 15:50-58

I.- INTRODUCCION

La resurrección de los muertos es un tema de singular importancia para todos los creyentes, pero fundamentalmente para aquellos que sustentamos el Testimonio "Philadelphia", desde el momento que está directamente relacionado con el Arrebatamiento de la Iglesia, doctrina que exige de quienes la creemos una vigilancia permanente, así como una intensa vida de oración, en procura de estar preparados para el día glorioso cuando Cristo venga a buscarnos. Por contrario imperio los modernistas, que se burlan de estas cosas, como así también los cristianos postmilenialistas, que solamente esperan al Señor luego de ese período de tiempo, viven desaprensivamente y serán muy pronto sorprendidos por ese acontecimiento extraordinario que será el rapto de los creyentes, y del cual han de participar únicamente los renacidos; es decir, aquellos que por la fe en el Bendito Salvador han sido engendrados hijos de Dios por la obra y virtud del Espíritu Santo (Ro.8:9; 2 Co.1:22).

Por consiguiente, si estamos en esa situación, es evidente que debemos procurar una vida en un todo de acuerdo con esta creencia que sustentamos; lo cual, desde luego, supone predicar esta doctrina con nuestras palabras y acciones; pero también, dando el real valor a las cosas materiales, frente a la grandeza de las promesas divinas que nos han sido hechas. Por otro lado, lo hemos dicho repetidamente, este tema debemos enseñarlo claramente a los jóvenes y adolescentes, que viven muy lejos de pensar en los cielos, teniendo en cuenta las comunes expectativas de vida; las cuales dejan de tener sentido cuando conversamos de acontecimientos que han de suceder en cualquier momento, por cuanto las señales de los tiempos ya se encuentran cumplidas. Insistimos, la resurrección de los muertos no es un hecho lejano, sino que puede ocurrir hoy mismo, desde el momento que es el paso previo al arrebatamiento de los creyentes.

II.- LA RESURRECCION DE CRISTO

Es importante referirnos a este tema, por cuanto es el argumento fundamental que utiliza Pablo, en el capítulo leído, con el fin de asegurarnos nuestra propia resurrección (vers.12 a 20). En este sentido debemos señalar que, necesariamente, el Padre celestial debió levantar a Cristo de la tumba, por cuanto era un acto de estricta justicia, desde el momento que El vivió sin pecado y murió en lugar de nosotros. En efecto, para retener en su seno a quienes descienden hasta ella, la muerte debe demostrar que les ha clavado dicho aguijón, el del pecado (vers.56), que significa transgresión a la ley divina (1 Jn.3:4); pero he aquí ahora al Señor Jesu-Cristo que, sin cometer jamás una falta a los mandamientos de Dios, muere sin ese mencionado aguijón (vers.57), porque lo ha hecho voluntariamente, ofreciéndose a favor de los demás.

Pero además de ello, la Biblia nos dice que, cuando el Redentor estaba clavado en el madero, Dios cargó en El el pecado de todos nosotros (Is.53:6; 1 P.2:24); allí se derramó la sangre del Cordero, que borra, limpia, quita y deshace las faltas y rebeliones (1 Jn.1:7); en consecuencia, todas nuestras transgresiones y desobediencias quedaron destruidas por la perfecta justicia del crucificado (Is.44:22); por consiguiente, la muerte se queda sin aguijones; se encuentra con un ser que no tiene ninguno porque es santo e hizo desaparecer los de los otros porque los deshizo con su sangre. Eso le obliga a abrir su mano y dejar salir a Cristo levantado por la diestra del Padre, para que pueda presentarse frente a todos los humanos y decirles: "Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá" (Jn.11:25). De allí que este acontecimiento es vital para nuestra fe (vers.17) y nos exige entregarnos a El para que, tomándonos en su mano, nadie nos pueda arrebatarnos de ella (Jn.10:27-29), pues solamente así tenemos la salvación eterna; pero también porque nos asegura la resurrección de nuestros cuerpos, que inexorablemente, deben cumplir con la ley del pecado y de la muerte (Ro.7:23), volviendo al polvo del cual fueron formados (Gn.3:19).

III.- LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO

La resurrección del Señor fue corporal: "Mirad... que el espíritu ni tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo" (Lc.24:36-40) y "Así vendrá, como le habeis visto ir al cielo" (Hch.1:11); pero esta segunda venida se efectuará en dos etapas: en primer lugar, para encontrarse en los aires con Su esposa, la Iglesia, que ha de ser arrebatada en las nubes (1 Ts. 4:14-17) y luego, juntamente con ella, una vez realizados los acontecimientos previstos: Tribunal de Cristo, Bodas y Cena del Cordero, regresará a la tierra, poniendo su pie en el monte de las Olivas (Zac.14:4; Mt.25:31; Ap.17).

Por consiguiente, hay acontecimientos muy importantes que se desarrollarán en el cielo y que están directamente relacionados con el tema que estamos estudiando: allí se escucha una voz de arcángel (1 Ts.4.16), es decir, una jerarquía celestial que normalmente se ha encargado de dar órdenes a sus huestes (Ap.12:7); en este caso para anunciar la terminación de una importante misión de todas ellas, pues los ángeles "son todos espíritus administradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de salud" (He.1:14); ahora los creyentes ya reciben esa promesa gloriosa y no necesitan de la asistencia angelical. También suena la trompeta de Dios (1 Ts.4:16), o sea la trompeta final (1 Co.15:52), que indica la terminación de la "dispensación de la Gracia" (Ef.3:2); la más larga de todas, por cuanto el Señor ha extendido su misericordia, procurando que el mayor número de personas se salve (2 P.3:9); esta forma de predicación del Evangelio ha llegado a su fin (1 Co.9:16-17). Por último, se oye la voz de Jesucristo llamando a resurrección a todos los redimidos por Su sangre (Jn. 5:25 y 28); consecuentemente con ello, los espíritus de todos los santos que están en los cielos han de movilizarse, a los efectos de unirse al cuerpo de gloria que ha de resucitar en ese mismo momento (1 Ts.3:13; Jud.14)

IV.- LA RESURRECCION DE LOS SALVADOS

Coincidentemente con aquello que sucede en el cielo, se produce la resurrección de los cuerpos de los santos de todas las dispensaciones (1 Co.15 23 y 50-58), que hasta ese momento han muerto y cuyos espíritus y almas se encuentran disfrutando de las moradas celestiales (Lc.23:43; 2 Co. 5:8; Fil.1:23); falta la vivificación de la materia por el Espíritu (Ro.8: 11 y 23), que ocurrirá cuando Dios traiga con El a los que durmieron en Jesús (1 Ts.4:14). Inmediatamente después se producirá la transformación de los cuerpos de los renacidos que estemos en la tierra en ese momento (1 Co. 15:51; Fil.3:20-21).

En ambos casos, todos tendremos un cuerpo que, por consiguiente, ha de ser de materia (Lc.24:39), pero indudablemente con características diferentes a las actuales, aunque manteniendo la personalidad del resucitado (1 Co.15:41). Desde luego que aquí nos hallamos frente a un hecho difícil de explicar con nuestra limitada comprensión, y que Pablo trata de solucionar hablando de "cuerpo animal y cuerpo espiritual" (1 Co.15:44). Es decir, materia que no responde a las presentes leyes físicas, por cuanto ya ha vencido al tiempo y el espacio: participa de la eternidad consecuente y puede trasladarse de un lado a otro en un instante; seremos semejantes al Señor Jesucristo después de la resurrección (1 Jn.3:2), que iba y venía del cielo y aparecía en lugares cerrados; pero también podía ser tocado por los suyos, comer su misma comida, etc. (Lc.24:13-43; Jn.20:19-28).

Este cuerpo sigue manteniendo la identidad del resucitado, no es una creación divina, sino la transformación para una gloriosa vida eterna. Así, una de las características diferenciales será que no tendremos sangre, puesto que el mismo Señor ha llevado la suya propia a la presencia del Padre (He.9:24-28); de allí que habla solamente de carne y huesos (Lc.24:39); por consiguiente, la forma de vida actual habrá desaparecido, no solo en ese aspecto, sino también en cuanto al sexo, puesto que seremos semejantes a los ángeles, que no lo tienen (Mt.22:23-33).

V.- LA SEGUNDA RESURRECCION

Muchos han atacado cuanto hemos venido diciendo, pues creen en una sola resurrección general de justos e injustos, basándose en aquellos textos que así parecen enseñarlo (Dn.12:2; Jn.5:28-29; Hch.24:15); sin embargo, estos y otros pasajes similares no indican que estos hechos sean simultáneos, sino que todos los hombres han de resucitar en virtud de la victoria del Señor Jesucristo, que venció la muerte y el sepulcro: "Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh sepulcro" (Os.13:14). Por el contrario, Pablo expresa: "Los muertos en Cristo resucitarán primero" (1 Ts.4:16), y agrega Juan: "Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección" (Ap.20:6); de la cual también participarán aquellos mártires de Cristo de la gran tribulación, los cuales recibirán sus cuerpos glorificados siete años después de los creyentes que hemos mencionado en el punto anterior (Ap.20:4-6).

En cuanto al resto de los muertos, que serán los perdidos de todas las dispensaciones y los salvados de la gran tribulación (pero que no dieron sus vidas por Jesucristo), como así también los creyentes del Milenio, han de resucitar mil años después; es decir, en el momento de efectuarse el juicio final (Ap.20:11-15). De manera que la condenación definitiva, en el lago de fuego y azufre, será con la naturaleza humana completa: cuerpo, alma y espíritu; pero con características diferentes a las actuales en cuanto a las propiedades de la materia, que no habrá de responder tampoco a las leyes presentes, así como su duración, pues será eterna; por lo cual el sufrimiento tendrá ese mismo carácter. De allí la falsedad de los Testigos de Jehová, que hablan de aniquilamiento o extinción, que es una mentira satánica, tratando que los perdidos no se entreguen a Jesucristo, pensando que no han de padecer los tormentos eternos. Grave error, puesto que la resurrección del Salvador establece ese mismo hecho para todos los hombres; sea para vida en un caso o vergüenza y confusión perpetua en el otro (Dn.12:2).

VI.- ENSEÑANZAS

1) La bendita esperanza de los creyentes está puesta no solamente en un Dios Todopoderoso, sino también Omnisciente y que nos ama desde la eternidad; por lo tanto, nos asegura la entrada al Reino de Gloria en forma perfecta, si verdaderamente hemos aceptado a Cristo como Salvador (1 Co. 15:23-24).

2) Debemos predicar con toda firmeza estos acontecimientos que estamos esperando, sabiendo que la venida del Espíritu Santo a nuestros corazones es la prueba terminante de la resurrección de Cristo, como la nuestra (1 Co.15.12-20; Jud.17:25).

3) Si tenemos esta bendita esperanza, nuestra obligación es vivir de acuerdo con esa realidad (2 P.3:11-12).

4) Aun en medio de las presentes dificultades, la pronta venida del Redentor para buscar a los suyos, debe alentarnos para continuar en procura de la perfección anhelada (2 Co.7:1; Fil.3:12-15).